

## ¿Quieres ser maestra? Piénsalo bien

Jacqueline Medina Flores\*

En un primer momento, al leer el título de esta narrativa, comencé a identificar algunas ideas sobre las razones por las que elegí esta profesión y, haciendo un ejercicio profundo sobre qué es lo que realmente me llevó por el camino de la docencia, fue inevitable remontarme a mis apenas 14 años. Sé que a esa edad aún es muy pronto para saber qué es lo que estudiaremos en la universidad y, hablando a largo plazo, a qué nos dedicaremos de por vida; creo que a esa edad el futuro no es algo en lo que se piense con mucha claridad. Sin embargo, retomo esta edad en especial por una razón: mi maestro de Historia.

A los 14 años, una de las materias de las que menos queremos recordar es precisamente la Historia y no sólo eso, la clase era Historia Universal, es decir, aspectos que ni siquiera estaban relacionados con mi entorno inmediato y, para colmo, un hombre de aproximadamente 45 años entra al aula con nada más que una libreta y una pluma dentro de ella, comienza a escribir su nombre en la pizarra y el nombre de la materia. Aún lo recuerdo bien, su primera pregunta: —¿Les gusta la historia?

La respuesta del grupo en general fue: “Casi no”. El maestro sólo encogió los hombros y preguntó: —¿Les gustan las novelas?

Y, como era de esperarse, la respuesta fue diferente; la mayoría respondimos que sí.

Acto seguido, con un sólo marcador en mano, el maestro comienza a contarnos con un lenguaje sencillo, un tono intrigante y hasta cierto punto a manera de chisme cómo fue que se conocieron los reyes de Francia, María Antonieta y Luis XVI, apoyándose en algunos dibujos, un poco deformes ahora que lo recuerdo, pero en esos momentos la forma con la que lo estaba contando me mantenía atenta, interesada y, como en las novelas, en capítulo de viernes nos dejó intrigados con la historia y dijo: “Lo seguimos en la próxima clase”. Yo no podía creer que había pasado una hora en la que me mantuve interesada, me reí y disfruté de una clase de Historia y definitivamente yo no me podía quedar con la duda de qué le iba a pasar a María Antonieta después de todo lo que había hecho,

cómo iba a terminar y, sin pensarlo, llegando a mi casa, utilicé la fuente de información con la que contábamos en ese tiempo, la enciclopedia en la computadora, y comencé a leer. Así fue la primera vez que sentí interés por una materia; quería saber más y todo gracias a un maestro.

Conforme continué con mis estudios, no volví a toparme con un maestro que me transmitiera ese interés y gusto por una materia y llegó entonces el momento en el nivel preparatoria de elegir el bachillerato para ir definiendo el camino profesional que tomaría. Aun en ese entonces, no sabía que quería ser maestra; sin embargo, recuerdo muy bien que tomé una clase de psicología y me parecía fascinante ver cómo podíamos aprender tanto sobre las personas por su postura, su actitud ante algún problema, sus relaciones personales y todo observando cómo fueron sus vínculos en la infancia. Me impactó cómo la niñez es esa etapa en la que los niños van desarrollando más aspectos de su vida de lo que podemos imaginar y a partir de ahí fue cuando surgió mi interés por trabajar con niños.

A los 17 años llegó el momento de elegir la universidad y, por ende, la profesión que se espera ejercer. Ahora que lo veo, 17 años no es la mejor edad para saber qué quieres hacer para vivir; no dimensionamos si salió ni el impacto que tiene una profesión en la sociedad y recuerdo muy bien que me encontraba entre 2 carreras: psicología infantil o maestra. Después de meditarlo, elegí la carrera de la docencia e investigando descubrí la licenciatura en educación preescolar. Aún recuerdo bien la reacción de una tía, quien en ese momento era educadora. Me dijo: —¿Quieres ser maestra? Piénsalo bien, porque es mucho trabajo y no pagan tan bien, pero eso sí, es muy satisfactorio.

Y creo que mi espíritu juvenil sólo escuchó la parte de satisfactorio porque, sin pensarlo, dije sí; ese fue mi primer sí a la docencia.

Uno de los acontecimientos durante mi formación docente, que me marcó durante un tiempo, fue cuando estuve pasando por una mala racha como practicante en mi último semestre. Recuerdo perfectamente que me mandaron llamar y, aunque habían sido situaciones que tenían una solución sencilla (ahora que lo veo con mayor madurez), recuerdo bien que la maestra me dijo: “Por cómo te va, tal vez debas pensar en cambiar de profesión”. Al escuchar estas palabras, algo dentro de mí se fracturó; en ese momento pensaba: “Si alguien profesional no estaba viendo potencial en

mí, tal vez era necesario abandonar una carrera que amaba” y buscar algo en lo que fuera buena. Recuerdo que por muchos días lloraba y lo pensaba, pero afortunadamente hubo alguien que se sentó conmigo a hablar sobre la situación, me hizo creer en mi potencial y no rendirme tan fácilmente; esa persona fue una maestra. Es aquí donde comenzaba a identificar de qué manera un maestro puede influenciar y marcar la vida de una persona.

Aun con miedos e inseguridades, después de terminar mis estudios, acepté mi primer trabajo en un nivel que no correspondía a mi preparación, pero que, de acuerdo con compañeras, me ayudaría a generar antigüedad en el sistema. Realmente no tenía mucho conocimiento de esos temas, pero acepté: 2.º grado de un nivel primaria en una comunidad, 14 alumnos que continuamente pasaban de un salón a otro sin maestro fijo porque no cubría el mínimo para tener un docente titular. Recuerdo ver el enorme salón casi vacío y sólo unas poquitas bancas ocupadas; cada uno de los niños estaba pasando por un proceso de aprendizaje diferente, al igual que su nueva maestra.

Recuerdo muy bien a una alumna de tez muy blanca y ojos color miel, siempre tímida, no cumplía con tareas, su situación en casa era complicada por lo que ella estaba a cargo de su abuela, una mujer mayor de aproximadamente 70 años, que no sabía leer ni escribir, en la primera reunión se acerco y me dijo que la niña era “burrita”, pero la mandaba para ver que se le pegaba y que ella no la podía ayudar con sus tareas. En mi nula experiencia y para no generarme un problema sólo acepté el comentario de su abuela. Durante algunos meses solicitaba su participación continuamente, le pedía pasar al pizarrón a resolver algún problema o intentaba dialogar con ella, pero nada parecía tener resultados. Hasta que un día paso algo que no me esperaba.

En el libro de Español había una lección sobre los murciélagos y recuerdo que les mencioné que ese día no la podríamos trabajar porque yo no tenía ningún conocimiento sobre murciélagos, pero que se llevarían de tarea hacer la investigación; podían buscar en libros o revistas y, si alguno encontraba algo, les llevaría una película sobre los animales. En ese momento, el aula sólo tenía un DVD y me implicaba descargar la información en discos compatibles con el equipo. Como la comunidad estaba muy alejada, no tenían acceso a internet y, al saber esto, sabía que ninguno de los alumnos llevaría la tarea de investigación, así que preparé mi material para la clase.

Cuando llegué a la escuela y pregunté por la tarea, vi lo que ya esperaba: nadie había realizado la tarea y algunos respondieron lo que sabían sus papás. Fue entonces cuando la alumna que no participaba levantó la mano. Al acercarme a su libro, había respondido todas las preguntas de investigación correctamente. Al preguntarle cómo la hizo, me dijo: — Fui a la biblioteca del rancho y encontré un libro de animales.

Sentí una emoción muy especial. A la hora de la salida, su abuela entró al salón y me dijo: — Maestra, esta niña andaba terca que tenía que ir a la biblioteca a buscar una información para ayudarle a usted a dar la clase, porque usted no sabía, y que a ella le gusta que usted sepa para que le explique.

En ese momento supe que algo estaba generando en la alumna, no sé si interés en aprender como lo hizo mi entonces maestro de historia, o tal vez la capacidad de confiar en ella como lo hizo mi entonces maestra de la Normal; lo que sí sabía es que quería seguir haciendo por mucho tiempo más y es así como actualmente me encuentro como docente frente a grupo en el nivel preescolar y, afortunadamente, no cambié de carrera porque de haberlo hecho nunca hubiera experimentado la emoción de ver a los niños aprender, crecer, asombrarse, interesarse y es ahora que pienso que razón tenía mi tía cuando me dijo: “Es una profesión muy satisfactoria”, porque definitivamente nada puede generar más satisfacción que ver la carita de un niño cuando sabe que genuinamente crees en él.

Ahora, cuando estoy frente a mi grupo, no puedo evitar recordar a ese maestro de Historia que convirtió una clase en una historia que quería seguir escuchando, y a esa maestra que decidió confiar en mí cuando yo estaba a punto de rendirme. Comprendo que, sin darse cuenta, ellos marcaron mi camino y me enseñaron el verdadero sentido de esta profesión.

Por eso me hice docente: porque creo en el poder que tiene una palabra, una mirada, una oportunidad. Porque sé que, así como alguien cambió mi historia, yo también puedo formar parte de la historia de mis alumnos.

\*Licenciada en Educación Preescolar. Docente en el Jardín de Niños “Esperanza López López” en Guanajuato, Gto. [jmedinafs36@gmail.com](mailto:jmedinafs36@gmail.com)